

Publicado como «Prólogo» al libro de Orlando Laguardia Oramas (1998): *Mis amistades canarias (Décimas)*. Las Palmas de Gran Canaria: Ayuntamiento de Telde, 13-19.

## ORLANDO LAGUARDIA: MIS AMISTADES CANARIAS (DÉCIMAS)

### PRÓLOGO

**Maximiano Trapero**

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Orlando Laguardia es un hombre singular. Esencialmente es un poeta, pero un poeta muy singular. Lo que aquí va en este libro de décimas, no es sino una parte mínima de lo que Orlando Laguardia es como poeta. Porque su verdadera dimensión de poeta la alcanza, no cuando escribe, sino cuando habla en verso. Es lo que en Cuba se llama *un repentista*.

Hablar en verso, ser poeta «de repente», ésa sí que es la más singular de las cualidades de Orlando Laguardia. Yo le he visto hacer a él las cosas más increíbles que pueda imaginarse hacer con las palabras, como quien las maneja, une y ordena a su voluntad, sin obstáculo, sin forzamiento, con arte además, como quien nació con el don de la poesía. Un día, al recibimos en el aeropuerto de La Habana, nos sirvió de guía hasta el Hotel, y nos fue relatando los intermedios —edificios, calles, árboles, plazas y jardines—, ¡en décimas! Otro, en el Hotel Escuela de Santa Brígida, puso en verso y convirtió ¡en décimas! los platos todos de unas Jornadas Gastronómicas. Otro, en una conferencia mía en El Carrizal sobre la poesía improvisada, resumió en verso, ¡y en décimas!, en un suspiro, lo que yo, con tanto esfuerzo, y con tropezones tantos, pude decir en una hora. Otro día le oí decir que había acompañado a un candidato a una Alcaldía y había hecho su propaganda en cuantos mítines y reuniones se presentaron ¡en décimas! Y en fin, otro día, esperándome en mi despacho de la Universidad, me dejó una nota, pero no la escribió como cualquiera hubiera hecho, en papel pequeño y letra corrida de urgencia: ¡él la escribió en décimas!

Un día me contó Pedro Lezcano que, siendo Presidente del Cabildo de Gran Canaria, había recibido a una delegación de cubanos, entre los cuales había un poeta repentista. Al terminar la entrevista, mientras conversaban distendidamente, el poeta le dedicó una décima improvisada. Le gustó tanto a Pedro Lezcano, que le pidió al poeta que la repitiera para copiarla. Y el poeta, torpe ahora, no lograba recordarla; sabía que había rimado *Lezcano* con *cubano* y algo más, y se esforzaban todos en recomponerla. Al fin, dijo el poeta: «No se preocupen, es más fácil hacer otra nueva». E hizo, no una, sino cuantas quisieron todos los que en la reunión estaban. Esta anécdota, cuando me la contó Pedro Lezcano, estando yo todavía en los prolegómenos de mi dedicación a la décima, me pareció asombrosa por lo que reflejaba de facilidad versificadora y, según Lezcano, de calidad poética. Hoy sé que aquel poeta repentista cubano era Orlando Laguardia. Y ya no me extraña nada, aunque sigo asombrándome cada día.

Orlando Laguardia es de los hombres esos que, al estilo y con las palabras de Fierro, podría decir:

Yo no soy cantor letrao,  
mas si me pongo a cantar

no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando:  
las coplas me van brotando  
como agua de manantial.

Andando así por el mundo, con el verso de continuo, no se puede ser sino buen hombre. Ser poeta, andar entre versos, es andar entre las cosas del mundo con alas, no con pies; es sobrevolar la realidad cotidiana con perspectiva de altura. Ser poeta es ser más hombre, por cuanto con mirada más penetrante se asoma uno al interior del hombre. No es que el poeta se evada del mundo, no; es que el poeta ve el mundo en una estructura de perfección; construye ese mundo de perfección al que todos aspiramos alguna vez.

Mi trabajo es levantar  
columnas de gratitud

dice Orlando Laguardia en una de las décimas de este libro. Y así, de tanto decir gracias, después de tanta alabanza, de tanto ensalzar grandezas y de disculpar bajezas, de tanta amistad repartida, de tanto corazón puesto de gratis.

Así, Orlando Laguardia nació también dotado para la amistad. Y no es palabra huera la que Orlando pone en su verso. Hay además inteligencia, y agudeza, e ingenio, y arte. Podrían en su libro parecer reiterativas dos palabras: *corazón* y *amistad*, pero no por ello forzadas y encubridoras. Las palabras de Orlando Laguardia tienen siempre un porqué, un pensamiento las sustenta; la filosofía que hay detrás de ellas y el tipo de vida que representan enlazan con el antiguo y secular mundo de la juglaría, del trotamundos que nació para cantar, para alegrar a los demás. Y así, de tanto repetir, de tanto compartir, el juglar acaba por hacer suyas las sencillas verdades de la vida, el amor a la naturaleza y a los hombres, el respeto a la tradición, acaba por aprender las lecciones de humanidad que justifican el estar del hombre en este mundo. El poeta logra levantar así un edificio que se sustenta sobre el canto. Orlando Laguardia también podría decir, como Fierro:

Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre:  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.

Orlando Laguardia se tiene, y yo creo que con razón, por el cubano que más ha cantado a las Islas Canarias. Éste es su segundo libro dedicado a Canarias, pero tiene otro escrito a punto de publicarse. En el primero cantó a las Islas y en éste canta a sus hombres. Asombra la cantidad de *amistades canarias* que Orlando Laguardia ha logrado hacer en las Islas. En este mosaico de visiones amistosas, desfilan algunos personajes públicos, personas conocidas otras, anónimas las más, que un buen día se cruzaron en la vida de Orlando Laguardia y le dejaron tal huella que merecieron sus versos. Una anécdota mínima, un favor intrascendente, una conversación momentánea bastaron unas veces para la memoria agradecida; en otras, hubo relación prolongada, vida compartida en el trabajo o en la fiesta, amistad profunda. Que cada uno de los contenidos en este libro juzgue la dimensión de su amistad con Orlando Laguardia. Por mi parte, sé que es de las segundas. Y en ella me honro.

El cubano Orlando Laguardia ha venido a Canarias ahora como durante tantos siglos fueron los canarios a Cuba. Y además a congraciarse con sus ancestros. No sabrá a qué generación de canarios

emigrados pertenecerían sus antepasados, pero Orlando lleva como segundo apellido un *Oramas* que le hace ser descendiente directo del Doramas aborigen. Y pertenece además a ese pléyade de poetas cubanos que han encontrado en la décima la expresión exacta para sus sentimientos. Muchos de ellos, son también de ascendencia canaria, como lo fue el primer poeta cubano, Silvestre de Balboa. La décima se asentó después con preferencia en las tierras y en los campos poblados y labrados por los emigrantes canarios: la geografía cubana del tabaco, de la caña y de los frutos menores coincide exactamente con la geografía de la décima en Cuba: las provincias de Pinar del Río, de La Habana, de Matanzas, de Las Villas, de Sancti Spíritus, de Ciego de Ávila... Más aún —y traigo aquí una idea que he oído repetir muchas veces al Indio Naborí, el más grande de los decimistas cubanos de este siglo—, si se hiciera el árbol genealógico de los más famosos decimistas cubanos de nombre conocido se vería que la mayoría son de ascendencia canaria: Pedro Guerra, José Marichal, José Othón, Ángel Valiente, el propio «Indio Naborí», Patricio Lastra, Gustavo Tacoronte, Alejandro Aguilar, el llamado «Sinsonte Matancero», Chanito Isidrón, Orlando Laguardia, Raúl Herrera, Luis Martín, Alexis Díaz Pimienta y un largo etcétera. Incluso algunos muy famosos nacieron en Canarias y desarrollaron su vida de poetas repentistas en Cuba, entre ellos: El Cuquillo, de La Palma, y José Hernández Negrín, de La Gomera. Y por encima, al que los propios cubanos consideran la más alta cumbre de su poesía: José Martí, hijo de canaria. No fue improvisador, pero sí excepcional poeta que escribió algunas de las décimas más celebradas de la literatura cubana.

*Corazón* y *amistad* podrán ser las palabras más repetidas de este libro de Orlando Laguardia; podrán incluso, en algún caso, sonar a retórica, parecer ripio, pero son verdaderas, lo aseguro porque conozco al autor, sentidas, nunca mendaces. Corazón y amistad es lo que ofrece Orlando Laguardia a estas sus *Amistades Canarias* porque amistad y afecto, según confiesa, es lo que él recibió de ellas en las Islas.